

Entonces, Ahora y Luego

GIOVANNA
BENEDETTI

Entonces,
Ahora y
Luego

Poemario

GIOVANNA BENEDETTI

EDICIONES DOCE CALLES

ÍNDICE

Giovanna Benedetti: el poder de la poesía y de la vida.....	9
<i>Carlos Garrido Chalén</i>	

Primera parte ENTONCES

Génesis de Abya Yala.....	27
Camino de más allá (1): 1519-1671.....	29
Camino de más allá (2): 1850.....	33
Cuando venga Colón a descubrirnos.....	39
Ándate y camina.....	45

Segunda parte AHORA

El trueno prometido.....	51
Colmillo de pedernal.....	53
Ánima félida.....	55
Caragabí.....	59
Señora de la ubicuidad.....	61
El canto de la noche.....	65
Loltum, la flor de piedra.....	69
Piedras.....	71

Tercera parte LUEGO

Mentira luna.....	77
Ritual.....	79
Formas.....	81
Disolución.....	83

Pliego.....	85
Identidades.....	86
Habitantes.....	87
Pausa hueca.....	88
¿Y?.....	91

Epílogo

BREVÍSIMO A DESTIEMPO

¡Agárrense del mar que se hunde el istmo.....	95
---	----

Giovanna Benedetti: el poder de la poesía y de la vida

Carlos Garrido Chalén*

En su obra *Del sentimiento trágico de la vida* (1912), publicado bajo la influencia de Søren Kierkegaard y San Ignacio de Loyola, Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864-Salamanca, 1936), uno de los pensadores más destacados de la época moderna, que sorprendió a los intelectuales de su tiempo, al sostener que «El amor es lo más trágico que en el mundo y en la vida hay», pues «es hijo del engaño y padre del desengaño, consuelo del desconsuelo, la única medicina contra la muerte, siendo como es de ella hermana», decía: «Si el Sol tuviese conciencia, pensaría vivir para alumbrar a los mundos, sin duda; pero pensaría también que los mundos existen para que él los alumbrase y se goce en alumbrarlos y así viva».

El escritor, poeta y filósofo español, principal exponente de la Generación del 98, que creía que «A Dios no le necesitamos ni para que

* Poeta, abogado y periodista peruano. Premio Nacional de Poesía (Perú). Reconocido en 1997 por el Instituto Nacional de Cultura (INC-PERÚ) con la distinción «Patrimonio Cultural Vivo de la Nación». Premio mundial de Literatura «Andrés Bello», versión poesía en Venezuela (2009). Presidente Ejecutivo y Fundador de la Unión Hispanoamericana de Escritores (UHE) (1999-2008).

nos enseñe la verdad de las cosas, ni su belleza, ni nos asegure la moralidad con penas y castigos, sino para que nos salve, para que no nos deje morir del todo», descubrió, en la inverecundia de su fulminante forma de concebir las cosas, —en ese mirar el amor como una manera de eternizarse en el otro —que la palabra sirve, para que en ella abreen todas las posibilidades de la vida, incluso esa que parece inanimada e inútil y no la apura la desventura de su utilización mediática o fatal.

En ese entender la eternidad y la vida, a partir de la Palabra, Unamuno —que según Fernando García de Cortázar, pasó los últimos días de su vida, bajo arresto domiciliario en su casa, en un estado de resignada desolación, desesperación y soledad— arribó a la conclusión de que

El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere, que se ve y que se oye, el hermano, el verdadero hermano [...] el hombre concreto, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía, quíeranlo o no ciertos sedicentes filósofos.

En ese entrañable cavilar, en esa forma acústica y novedosa de entender la Palabra, como fiel de todos los Decretos inmortales, pero bajo una perspectiva distinta del amor y la ternura, de la historia y de la vida, camina la laureada poeta y escritora panameña **Giovanna Benedetti**, que se ha convertido, por obra y gracia de su potencia creadora y su fino talento, en una de las más grandes revelaciones literarias de los últimos 20 años.

Osso, decía: «La vida no te está esperando en ninguna parte, te está sucediendo. No se encuentra en el futuro como una meta que has de alcanzar; está aquí y ahora, en este mismo momento, en tu respirar, en la circulación de tu sangre, en el latir de tu corazón». Giovanna Benedetti, respira ese mismo aroma, que pareciera que es más divino que humano y se solaza en el resplandor del significado de la vida, que se purifica en el transcurrir de la historia, para generar un mundo nuevo, que es propio, que no se parece al de nadie, y que en su portafolio

arriesga propuestas para una literatura diferente. Por eso en su poemario *Entonces, ahora y luego*, Premio Nacional de Poesía 1992, de Panamá, la poeta, se lanza a vadear por un río que no le es adverso; que lo conoce a pie juntillas, porque sabe remar y cuando se cansa, pone su motor de borda para crecerse en las aguas más tormentosas y sutiles. Es el río y también la orilla. La orilla y también el agua, que en cascada se arriesga a deletrearse a sí mismo. El rumor de la ola y la ola misma, en una especie de ceremonia con los arcanos y ese horizonte que maneja con su verbo asaz inmarcesible, que se lanza incluso a describir los misterios de la Creación, como si hubiera sido testigo y partícipe de sus prolegómenos inmarcesibles.

Madre y padre piedra:
continente.
Hermano del silencio
hijo del río.
Compañero de sombra
escucha:
en el principio era el mar
oye lo que te digo.
Entonces fue la noche y vino el verbo
y hablaron en sus sueños las palabras:
¡Sea esta tierra dulce como la piel de caña!
Y fue Abya Yala la de la vulva de agua
y volcanes como pechos
(Primer día).

Creció Abya Yala inmensa
desde su árbol florido.
El sol volcó su espuma
y engendró entre sus playas
muchedumbres de orquídeas.
Y fue su concha viva/viva fuente
ombligo primigenio
y hubo luna menguante
(día segundo).

Y dijo el Huracán:
¡Reviente el firmamento
y haya tormenta
y caiga el aguacero
y hierva el continente
de lagartos
de iguanas
y de grillos
y sean sus bestias
tantas como estrellas!

Y así fue.
Cayó la lluvia a flechas
sobre las sementeras
y zumbaron en las miasmas
las libélulas
las ranas
los zancudos.
Y hubo
en los cardinales trópicos y nieves
y desiertos y pampas y arco iris
(día tercero).

¡Hágase el jaguar
—dijo la luz—
y se hicieron las selvas.
¡Sea el relámpago
la lengua de los valles!
y surgió la anaconda como un río.
¡Vuele hacia el amanecer el cóndor
y sean sus alas nubes!
Y alzáronse los Andes hasta el cielo.
¡Vénganos un dios!
—gritó la sangre—
y fue el pájaro quetzal
libre y altivo.
Y hubo en los altiplanos

pedernal de fuego nuevo
y serpientes emplumadas
(Cuarto día).

El Corazón de la Montaña
habló sobre las serranías:
¡Que sea el maíz
el polvo de mi carne
que broten de su espiga
los murmullos
y de sus granos el hueso
y la simiente!
Y conmoviéronse los péndulos
en sus callosidades
y salieron los pellejos de las grietas
y hubo en sus alfabetos
sangre coagulada
y fueron sus cenizas
macho y hembra.
(Quinto día).

Ciñéronse sus lomos
los hijos del follaje.
Milenios de cal y canto
guardaron sus madreperlas
y del hueco de las sombras
hicieron sus paisajes.
¡No prevalecerá
otro nombre en mi conciencia
ni quedará en tus huellas
piedra sobre piedra!
Dijeron
en sus ruinas, las tinieblas.

Y fue Abya Yala
territorio enigma.
Término de Oriente

y de Occidente.
Y quedaron sus arcanos
sellados para siempre
(Sexto día).

En esa poesía, corretea por eso la magia de una naturaleza que se enfrenta a la adversidad, porque la reconoce como suya junto a sus beneficios. Y es ese contra sentido, ese *verbum magister*, esa población unida a sus correlatos y fiebre de creadora extraordinaria, el que la hace contextualizar una poesía, que no es la que fermentan en sus noches de insomnio los sin alma, sino la creación misma que hace sociedad con ella y se le asocia estremecida, para conquistar el cielo desde donde proceden sus cantos memorables y sus sueños predilectos.

Cuando en «**Camino de más allá (I): 1519-1671**», Giovanna Benedetti, se convierte en buscadora de presagios y ese

Oro/ heraldo y blasón de oro/ campo de oro partido/ en dos
verticalmente/ yugo y haz de flechas a la diestra/ estrella y dos
cabelas a siniestra/ orla de castillos y de leones

arrasa los vestíbulos de su capacidad de mirar la historia, y consigue ver y describir al borde del asombro, con sus ojos centimetrados por el estoicismo, esa

Vieja y putañera ciudad de Panamá/ puerto mercantil y ven-
turero / plaza de trata y contrata/ ciudad de paso y traspaso/
Panamá, camino de más allá

esa

Vieja y calurosa ciudad de Panamá/ puerto tropical y bonan-
zoso/ alargada y estrecha ciudad de playa al sur/ plaza de so-
lares de cien pasos en largo/ por ochenta en ancho/ ciudad
flanqueada por las ciénagas/ los ríos/ los manglares/ y la selva

esa ciudad «donde son enfermos/ los aires de tierra» y en esa

Vieja y rica ciudad de Panamá/ puerto de carga y descarga/
plaza de tránsito del Camino Real/ ciudad de recuas inter-
minables de mulas/ que pasan con sus cascabeles/ corcove-
ando/ galopeando/ pateando/ rebuznando y defecando/ sobre
los adoquines»,

se convierte de puro orgullo en parte de sus bullas y silencios. Siempre
«camino de más allá» mientras la

Vieja y marítima ciudad de Panamá/ puerto de barco tras
barco/ plaza de bulto tras bulto/ ciudad como un hormiguero/
de hormigas que parecen gente/ de gente que llega/ que mira/
que juega/ ciudad trashumante de más y de más más/ ciudad
de más oro/ y de más cadenas/ ciudad de más perlas y de más
piratas/ ciudad de más curas y de más enaguas/ y de más adar-
gas y de más cadenas/ y de más tahúres y de más esmeraldas y
de más leguleyos/ y de más virreinas/ luciendo en sus cabezas/
sus lujos gananciales

le hablan, como una cantaleta que alumbra el horizonte de ese
«camino de más allá», que la llena de historia y fantasía, de mundo y
de pasado, de pasado y de futuro. Y es desde allí en donde se declara
pregonera del viento que no tiene tiempo; y de la vida, que siendo
vida, es una muerte que resucita cuando llueve.

Vieja y poderosa ciudad de Panamá
ciudad que fue apodada
la «copita de oro»
puerto umbilical de la colonia
plaza encrucijada
ciudad puente
tierra de ferias peregrinas
país del quita y pon
istmo de correveidiles
cruce de transportes
ciudad de la vía

de retorno a la península
y ciudad de la ruta
al continente nuevo
Panamá, camino de más allá

Vieja y picaresca ciudad de Panamá
puerto despechugado
licencioso y lisonjero
ciudad que deja bien servidas
a todas las eminencias
plaza de par en par
pero de buenas cortinas
ciudad donde se refocilan
las altezas y los curas ciudad de holgorio sin fin
donde picardean
hasta las dueñas
jugándose las de codillo
Panamá, camino de más allá.

Giovanna Benedetti se recrea y crece en esa

Vieja y abusada ciudad de Panamá/ puerto de la propina/ indiferente de viajero/ plaza de la rica cabalgata/ encomendera/ ciudad del pavoneo/ vociferante del transeúnte/ ciudad del nada queda/ ciudad del todo fluye/ plaza del despáchese usted mismo/ y a su gusto/ ciudad de pelos por dentro/ ciudad de coima y soborno/ ciudad de timbres y diezmos/ ciudad de la cicatería altanera/ de los forasteros.../ Vieja y codiciada ciudad de Panamá/ puerto de corsarios y piratas/ tierra de filibusteros/ plaza botín de Morgan/ ciudad asaltada/ saqueada/ y destruida/ istmo doloroso/ de invasiones sin fin/ Panamá, camino de más allá. (Camino de más allá (2): 1850)

Y es que eso y todo lo demás, es Panamá: una fiesta que jamás termina. A su vulnerable suficiencia, a su maremágnum implícito, acude el mundo para reconocerse y matricularse con la esperanza. Es esa ciu-

dad, que ahora le dicen «la Nueva Manhattan»; que antes fue epicentro de riquezas juntas y sueños impredecibles y ahora todos vamos –me incluyo de puro pretencioso– a conocer el Cielo y la ventura que promueve: esa casta airosa de dos mares que se disputan sus mimos de tierra forestada, mientras su Canal se desgañita apurándole el paso a los barcos, que de reojo miran su grandeza. Y Giovanna Benedetti, esa potencia de la nueva poesía, se retrotrae a ese pasado de corsarios y piratas, de filibusteros conquistadores poblados de ambiciones y de muerte y atisba con sus ojos de paloma mensajera, pero más que eso de gurí impredecible, el

oro de la California/ oro del gold rush/ oro yanqui/ oro de la nueva/ frontera del oeste/ oro robado/ oro de la rapiña/ oro de la tierra/ arrebatada a México/ oro de las garras del águila/ oro de la codicia en las venas./ Oro que viene de cruzar/ cincuenta millas de selvas/ cincuenta millas de caimanes/ que navegan las mareas / cincuenta millas de ladrones/ de culebras y mosquitos/ cincuenta millas de codicias/ que abren trocha entre sus huellas/ y atraviesan los arroyos/ a remo de bateleros./ Oro que flota en el Chagres/ (y baja en espaldas prietas)/ oro que se hunde en las aguas/ (y sube/ contracorriente)/ oro de mula a seis bultos/ oro de recuas sin tregua/ oro de lenguas rojizas/ untadas de llanto y caimito/ oro de grito y tambor:/ oro oro congoró/ oro oro burundú/ oro oro yamboró.

Giovanna Benedetti nos refresca y nos abruma, y al hacerlo, nos convierte a ella misma; y nos saca de quicio. Y en el terremoto que consigue propiciar con su poesía en nuestra alma, nada destruye, todo lo edifica. No hay edificios que caen como castillos de naipes, sembrando el caos y la muerte, porque en su telúrica conspiración, –que es a la vez una bienaventuranza en el corazón de la mañana– la tierra, que tiene vida propia y por ella se autoproclama invicta, le obedece; y como se sabe dueña del avatar, porque pareciera que ha hecho un pacto sempiterno con el Cielo, nos lleva a una locura jamás experimentada,

imposible de obviar, que es desborde de alma y esplendorosa serenata. Justo cuando la Palabra, esa que el viejo Unamuno creía prodigiosa, nos conquista.

Hoy
me siento a caminar
el fin de siglo
todo lleno de invasiones
encuentros
y quintos centenarios
—y de golpe me pregunto:
¿Vendrá en verdad
Colón a descubrirnos?
¿O serán los vikingos
quienes primero lleguen?
¿O quizás
nos enviarán los irlandeses
(los Tuatha de Danaan)
al santo Borondón
y al mismo Ossían
desde sus islas Shetland?
(¿Y la hechicera Fand
les acompañará en el viaje?)

¿O serán los nestorianos
cristianos sectaristas
quienes lleguen primero
con el Preste Juan?
¿O qué tal
si nos descubren
los fenicios
o los chinos
o las diez tribus
perdidas de Israel?
¿O habrán de ser
a lo mejor

los caballeros del Temple
quienes saldrán de Normandía
a buscar aquí el perdido Grial?
Todo tiempo es ahora.
Cualquier lugar es éste.
O como ha dicho
en un poema Borges:
«El presente está solo.
La memoria erige el tiempo.
Sucesión y engaño es la rutina del reloj.

Lo cierto es que Filolao
y los Pitagóricos cosmógrafos
creían en la existencia
de una «contra tierra».
Y yo me digo:
¿Estaremos aquí viviendo en ella?
¿Será esta última isla
como dice Heródoto
el país allende
las columnas de Heracles
el hogar de la tétrica región
de las cosas que ya no son?
¿O seremos, acaso,
la Atlántida fabulosa
de la que hablaba Platón
y nos hundiremos
en el cataclismo
antes
de que nos descubran?

En los Vedas
está dicho
que esto aquí es el Pâtâla:
las antípodas de Lanka.
Cuentan los Purânas

que queda allí Pushkara,
y que en su ombligo
está el Meru,
la mansión
montaña/abismo
de los Inmortales.

¿Habrá entonces
de venir a estos submundos
Arjuna
príncipe del Mahâbarata
y no por aire ni por mar
sino las entrañas
atravesando la esfera bajo tierra
por los caminos serpentinos
de las nagas y los devas?
Y cuando llegue aquí
el sublime interlocutor de Krishna
¿casará —como está escrito—
con la hermosísima Ulupi
doncella
hija del Nargal los Olmecas?

Hoy
me siento a caminar
el fin de siglo
y me imagino
que no viene Colón
a descubrirnos...
¿qué dirá de sí mismo
el esotérico almirante
y qué habrá de la famosa
profecía de Medea?

Si Colón
no viene

a descubrirnos...
¿qué será de la cristiana España?
¿qué harán los celtibéricos reinos
de sus majestades católicas?
¿adónde irán los navegantes
de Isabel y de Fernando
cuando se embarquen
en sus carabelas?
¿Descubrirán tal vez Australia?
¿Cristianizarán toda la China
y el Celeste Imperio?
¿Rescatarán por fin la Tierra Santa?

Y aquí
entre nosotros:
¿qué será si no viene Colón
a descubrirnos?

Aquí
entre nosotros
arde el agua seca
y humea el espejo rojo
del Tezcatlipoca.
Aquí entre nosotros
vive Amaru
la eterna serpiente
del movimiento inmóvil,
y como tiene dos cabezas
nadie sabe en realidad
si viene o va.
Cuando venga Colón a descubrirnos
(si es que no llegan antes los vikingos)
y descubramos entonces
que el almirante y sus cristianos..
¡han llegado a Catay!
yo volveré

a sentarme
a caminar el fin de siglo...
todo lleno de invasiones
encuentros
y quintos centenarios. (Cuando venga Colón a
descubrirnos).

Estamos por eso, ante una poesía polícroma y definitiva, que no deja de hacernos milagros en el alma: no es ambigua ni genera inútiles presagios a la vida. Habla sola porque tiene cuerdas que despliegan notas que jamás las agota la renuncia, porque entran al pasado como entrar a su casa renovada, pero también al futuro en donde la luz, no proviene de ese sol incandescente, que el autor de *Niebla* decía que si «tuviese conciencia, pensaría vivir para alumbrar a los mundos (...) y que los mundos existen para que él los alumbre», sino de su potencia verbal, que no se libra como una batalla campal al azar, —de donde resultan muertos y heridos cargados de infortunio— sino la genera y recompone su Palabra generosa, y a veces ese mutis mutis que abruma y acaricia; y la hace aconsejar a quien la sigue:

Abre sólo un ojo/ cincha el bayo/ pide que te afilen/ tu hermosa/
espada enhiesta/ desmuérete por un ratito/ nada más/ busca tu
capa/ amárrate al talle/ el cinturón bermejo/ calza tus charoles/
sobre el pie/ de siete leguas/ arrea sobre la cárcava/ la fusta y el
chicote/ saca de los mármoles/ tan siquiera un brazo/ avívate
aunque sea/ una cuarta parte/ un décimo/ una mera porción/
infinitesimal/ de tu epopeya/ que destripe otra vez/ el laberinto
de uñas/ ¡ándate y levanta/ a galope por los cerros!/ y revuelve
nuevamente/ las fronteras./ P.D/ Trancemos nada más/ que por
un grito libertario/ que retumbe desde/ el pecho de tu pecho.

Y es que, para Giovanna Benedetti,

Este enorme continente/ es un jaguar dormido./ Un felino
agazapado/ y ubicuo/ que aguarda/ en cada pie de tierra/ su

momento./ Su mandíbula está tensa:/ tiembla embozalada/
como lengüeta mordaz/ en sus estigmas./ Y sus garras se hun-
den/ en las profundidades/ carnales del instinto./ Y su esplén-
dida pelambre/ manchada de simiente/ y sangre cruda/ respira
desencadenando soles/ de aserrín y de pólvora./ Y su pupila/
veteada de huracanes/ brilla.

Es que eso es este Continente en la piel de la poeta: un entrar a aguas que no vienen sino de la proeza de estar vivo; de ser un eco que retumba en el horizonte de su propia adecuación a la esperanza. Una esperanza que es, y no la es, desde el momento en que se convierte en grito. Y entonces se proclama libre; y en esa libertad, en ese aproximarse a la inmortalidad, la creadora panameña supera todo cometido: el suyo y el de nosotros, el de nosotros y el de sus ancestros, roncós de tanto gritar su nombre, mientras su poesía se mimetiza en el prodigio, en esa suerte de descubrir que la nada está hecha de filigrana y topacio; y el topacio es el ojo de la historia, que solo la escriben los que la sienten viva y la disfrutan.

Giovanna Benedetti es, en esa proporción, una piloto habilitada para navegar en cualquier curso de agua, con el herraje macho que articula en su tintero. Pero también el ánodo de sacrificio que se coloca sobre el eje de las hélices, proa a estribor; proa a babor. Cuando quiere es mástil, botavara, tangón y un barco hermoso que navega los mares agitados de la tierra. Y así va, con su popa a sotavento, como la mejor; sabiendo íntimamente que la Palabra verdadera no surge de la inconsecuencia, ni la pregona el azimut —ese arco de horizonte contado de 0° a 360° a partir del Norte y en el sentido de las agujas de un reloj, hasta la vertical que pasa por el astro— sino esa vocación de luciérnaga que cuando es verdadera hasta aborrega el cielo y llena de calandrias la mañana. En ese maniobrar las velas, para que reciban el viento, la poeta se agiganta, aún cuando se cubre de bruma el horizonte y la poesía que en ella burbujea, se vuelve acantilado; y en el atolón circunspecto de su prisa por ser ella misma, se entrevera.

Estamos ante una grande de la poesía universal, que ha inventado su propia carta náutica, para convertirse en la mejor navegante. Los carriles dobles de sus velas, están hechas con madera del cielo que ella misma ha creado para bogar, al derecho y al revés, con esa propulsión que le pone a sus maniobras de contra maestre.

Entonces, ahora y luego, es por eso una balsa de salvamento para los que no quieren morir, la almadía de los que saben que la poesía no es un entendido para la inútil provocación de los sin alma, sino una oportunidad para navegar tomando el viento por la amura, a un rumbo más abierto que en una ceñida y más cerrado que un través. El resto, que lo diga la historia.

Osso, decía: «La vida no te está esperando en ninguna parte, te está sucediendo. No se encuentra en el futuro como una meta que has de alcanzar, está aquí y ahora, en este mismo momento, en tu respirar, en la circulación de tu sangre, en el latir de tu corazón». Giovanna Benedetti, respira ese mismo aroma, que pareciera que es más divino que humano y se solaza en el resplandor del significado de la vida, que se purifica en el transcurrir de la historia, para generar un mundo nuevo, que es propio, que no se parece al de nadie, y que en su portafolio arriesga propuestas para una literatura diferente. Por eso en su poemario *Entonces, ahora y luego*, Premio Nacional de Poesía 1992, de Panamá, la poeta, se lanza a vadear por un río que no le es adverso; que lo conoce a pie juntillas, porque sabe remar y cuando se cansa, pone su motor de borda para crecerse en las aguas más tormentosas y sutiles. Es el río y también la orilla. La orilla y también el agua, que en cascada se arriesga a deletrearse a sí mismo. El rumor de la ola y la ola misma, en una especie de ceremonia con los arcanos y ese horizonte que maneja con su verbo asaz inmarcesible, que se lanza incluso a describir los misterios de la Creación, como si hubiera sido testigo y partícipe de sus prolegómenos inmarcesibles.

